

El própolis: la resina curativa de las abejas

PEDRO GAMO - NATURÓPATA Y AGENTE MEDIOAMBIENTAL

En su día ya dijimos que la colmena era una despensa de salud muy importante, así se ha visto y se ha reconocido a lo largo de la historia de la humanidad. El hombre, en principio, escalaba rocas y trepaba hasta los altos árboles con el objeto de obtener el rico botín de los enjambres silvestres, y más tarde, cuando tomó conciencia, puso a disposición de las abejas, lugares apropiados donde los enjambres se asentaban con el fin de hacer más fácil su manejo y el aprovechamiento de sus productos.



El própolis, un potente antibiótico natural

En nuestro periplo semanal hemos hablado en esta misma sección de algunos recursos de la colmena como la miel, la cera, el polen y su majestad la jalea. Hoy nos adentramos en el própolis, sin duda menos conocidos; que aunque se sabe que ya lo utilizaban los egipcios y griegos y, también las culturas precolombinas americanas, ha sufrido en estos últimos años un incomprensible olvido.

Si bien era estimado en pasadas confrontaciones bélicas, pues el própolis se comportaba como un eficaz remedio para curar heridas y llagas; virtudes a las que ya aludía en el siglo IV a. de C. Aristóteles como "ideal para infecciones de la piel" en su tratado de Historia Natural.

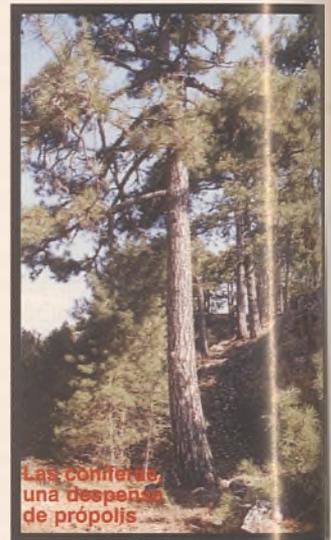
El própolis tiene una coloración que va desde el tono negruzco al amarillento, olor agradable y sabor amargo, de consistencia resinosa y pegajosa, que las abejas utilizan fundamentalmente como material de construcción, es decir, para cerrar agujeros, sujetar panales... , o para inmovilizar y librasas de potenciales enemigos (hormigas, avispas, polillas, moscas, etc.) los que irre-

mediablemente quedan atrapados y conservados en esta sustancia; pero aquí no acaba todo y el própolis tiene una importancia vital como elemento de higiene y salud en la colmena, constituyéndose en una infranqueable barrera contra virus, hongos, bacterias y otros agentes patógenos que amenazan al apiario.

El origen de este producto deriva de la exudación gomosa o resinosa de las yemas de distintos árboles, especialmente de las coníferas. Que una vez extraída por las obreras y, su posterior modificación en el buche de estas, se le añaden sustancias propias de las abejas como son hormonas, enzima, restos de polen y otras. Así la composición del própolis es muy variable según provenga de unas u otras especies vegetales, en todo caso predominan las sustancias resinosas y el polen, mientras también se halla proporción de cera, aceites esenciales, gran número de minerales y distintas materias orgánicas algunas todavía por determinar.

Al tratarse de una sustancia resinosa que proviene de la exudación de los árboles, cuando más acopio de própolis llevan a cabo los enjambres es durante la época de estival, es decir, durante el tiempo de altas temperaturas; mientras es en las comarcas serranas con extensos bosques donde las colmenas más própolis producen.

Esa rica y variada composición hace que el própolis sea un producto muy valioso, de nuevo redescubierto desde hace unos años, después de un largo periodo de olvido, aunque como hemos señalado antes, a lo largo de la historia este ha sido muy apreciado por sus extraordinarias virtudes curativas. Quizá cuando se ha demostrado que la química y los productos de síntesis no son la panacea y de nuevo se ha dirigido la mirada hacia los productos naturales, dónde sin duda el producto del que hablamos hoy tiene bien ganado un lugar de honor.



Las coníferas, una despensa de própolis